



Justo Sierra sobre Verne y sus 20,000 leguas de viaje submarino

Miguel A. Fernández Delgado MAFD
University of South Florida, miganfd@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique>

 Part of the [Comparative Literature Commons](#), [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Latin American Literature Commons](#)

Recommended Citation

Fernández Delgado, Miguel A. MAFD (2013) "Justo Sierra sobre Verne y sus 20,000 leguas de viaje submarino," *Alambique: Revista académica de ciencia ficción y fantasía / Jornal acadêmico de ficção científica e fantasia*: Vol. 1 : Iss. 1 , Article 1.
DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2167-6577.1.1.1>
Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/alambique/vol1/iss1/1>

Authors retain copyright of their material under a [Creative Commons Attribution-Noncommercial 4.0 License](#).

Justo Sierra sobre Verne y sus 20,000 leguas de viaje submarino

Miguel Ángel Fernández Delgado
INEHRM, University of South Florida

Desde el inicio de su carrera literaria, existió un vínculo entre Verne y México. En *Les premiers navires de la Marine mexicaine*, que apareció en julio de 1851 en el *Musée des Familles* (Compère 89), el famoso autor francés describió, en forma sumamente dramática y con algunas licencias históricas, el nacimiento de la Marina-Armada de México (Verne 27-53). Los lectores mexicanos conocieron su obra, seguramente, a raíz de la invasión francesa y el Segundo Imperio mexicano con el efímero reinado de Maximiliano de Habsburgo (1862-1867), pues, apenas transcurridos un par de años de la restauración de la República, el 14 de septiembre de 1869, Ignacio Manuel Altamirano ya menciona sus obras como referente para los exploradores contemporáneos, en un discurso ante la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (Altamirano 198-199).

La fórmula de enseñar al mismo tiempo que entretenía a sus lectores, impuesta a Verne por el famoso editor Jules Hetzel, la siguió en sus publicaciones el científico poblano José Joaquín Arriaga (1841-1896) en *La Ciencia Recreativa: Publicación dedicada a los niños y a las clases trabajadoras*, que primero apareció en forma quincenal y después mensual, entre 1871 y 1879. En su contraportada se explicaba que, “con este título publicará el Sr. D. José Arriaga una colección de pequeñas leyendas o novelitas, de fácil y ligera trama, donde se unirá lo útil a lo agradable” (Cruz 28). Con los diversos folletines se completaban cuadernos de unas 40 páginas con toda clase de temas científicos acompañados de magníficas ilustraciones (Bermúdez 142).

Al mismo tiempo, las principales obras de Verne estuvieron al alcance de la sociedad mexicana, pues, a partir de 1872, algunos periódicos y revistas, incluso de ideologías contrarias, como *El Federalista*, *El Porvenir*, *La República*, *El Universal*, *La Voz de México* y *El Diario del Hogar* comenzaron a publicarlas como novelas de folletín. Entre ellos destacó *El Federalista* del editor liberal francés residente en México, Alfredo Bablot (c. 1827-1892), que se unió a la lucha por el régimen republicano junto al presidente Benito Juárez, antes de fundar y dirigir el periódico donde la mayoría de los viajes extraordinarios de Verne se dieron a conocer entre los lectores por primera vez en este país. En la década que va de 1872 a 1882, se publicaron y llegaron a reeditarse, por el rotundo éxito alcanzado, *Viaje al centro de la tierra* (1872 y 1879), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1872 y 1879), *Alrededor de la Luna* (1873 y 1878), *Los hijos del capitán Grant* (1873 y 1882), *Martín Paz* (1875 y 1881), *Los primeros navíos mexicanos* (1875), *La isla misteriosa* (1876 y 1878), *Miguel Strogoff* (1877 y 1880), *De la Tierra a la Luna* (1878 y 1879) y las *Aventuras del capitán Hatteras* (1880 y 1881) (Vieyra “Verne en la Biblioteca Nacional” 28, 30, 32). Más de la mitad de estos títulos serían aludidos, por medio de sus protagonistas, en el artículo de Justo Sierra publicado en *El Federalista* el sábado 10 de febrero de 1872, y que ahora reproducimos.

A unos años de haberse restablecido el gobierno republicano, el orgullo nacional desbordaba al haber derrotado a los conservadores y a su principal símbolo de

autoridad: Maximiliano de Habsburgo. En la literatura, el estado de ánimo se reflejó a través de una corriente costumbrista de matices románticos, cuyo máximo representante fue Ignacio Manuel Altamirano, y su principal medio, la revista *El Renacimiento*, dirigida por el mismo autor, desde la cual impulsó una literatura de identidad indudablemente mexicana, con la que lograría, a su entender, que se unieran los ciudadanos sin importar partidos ni ideologías. Además, creía que la novela sería el mejor medio para conseguirlo:

La novela es el libro de las masas. Los demás estudios desnudos del atavío de la imaginación, y mejores por eso, sin disputa, están reservados a un círculo más inteligente y más dichoso, porque no tiene necesidad de fábulas y de poesía para sacar de ellas el provecho que desea. Quizás la novela está llamada a abrir el camino a las clases pobres, para que lleguen a la altura de este círculo privilegiado y se confundan con él (Bermúdez 138-9).

Altamirano no era el único en sostener creencias semejantes. Hasta el final del siglo XIX, las autoridades encargadas de la educación nacional creyeron que la lectura era el mejor medio para difundir el conocimiento (Bermúdez 140).

Pero las novelas extranjeras, en especial las francesas, jamás cayeron de la preferencia del público lector. Al contrario. A pesar de que ya se podía percibir la influencia estadounidense en la sociedad mexicana, el interés por todo lo que fuera asociado con la moda y cultura francesa fue en aumento, sobre todo durante el régimen de Porfirio Díaz (1876-1911), según explica Mílada Bazant:

A medida que avanzaba el Porfiriato y la influencia estadounidense suplía a la francesa los mexicanos no adoptaron ni las costumbres ni los gustos de los norteamericanos. Inclusive cuando visitaban los Estados Unidos admiraban el desarrollo y la prosperidad pero no se identificaban con el modo de vida. Hombres y mujeres hablaban y leían en francés y cuanto más intelectuales eran, más arraigado y profundo era su amor por Francia (228).

Aunque los viajes extraordinarios de Verne fueron concebidos y dirigidos a los jóvenes lectores, en Francia también era leído con el mismo interés por el público adulto (Strinati 148). En México, ocurrió un fenómeno similar, pero no sólo entre los mayores de edad, sino especialmente entre las mujeres, como apunta el artículo de Sierra, por eso se refiere a los hijos y a las esposas de los lectores que “empezaban a divertirse y a entusiasmarse” con las maravillas científicas, y a la “austera matrona” que se introduce al gran mundo “con los arreos pintorescos” aprendidos al leer las obras del francés. Pero el “científico” Sierra, como llamarían popularmente unos años después a los políticos-intelectuales de su condición durante el Porfiriato, también menciona a los “*filisteos* de nuestro siglo” a los que debían afrontar, posible alusión a la persistente censura de las autoridades eclesiásticas contra la lectura de los que calificaban como “malos libros” (Ceballos 159-60), pero es más probable que tuviera en mente a los “moralistas” decimonónicos que consideraban inadecuada la lectura para las mujeres, en especial de literatura europea y principalmente a la proveniente de Francia, la cual llegaron a condenar en las mismas páginas de *El Federalista* medio año antes de que apareciera el artículo de Sierra y la novela de Verne, con expresiones semejantes a éstas que aparecieron el 5 de junio de 1871, donde las califican de...manantial para la crónica escandalosa, protagonistas prosaicos de amores imposibles, Lovelaces implacablemente estúpidos, zurdos espadachines, Magdalenas repugnantes, y muchachos tísicos en

teoría, que a despecho de sus instintos gemebundos, han pasado luego por las horcas caudinas de la obesidad (Bermúdez 140).

Manuel Payno, uno de los principales escritores mexicanos del siglo XIX, publicó en 1843 un pequeño libro *Sobre mujeres, amores y matrimonios*, en el que dedicó algunos párrafos a las lecturas recomendables para el “bello sexo”, apuntando que no deberían leer todo lo que cayera en sus manos ni llegar al extremo de huir de la página impresa, sino que, más bien, se preocuparan por conocer las cosas útiles a su formación moral. Por lo mismo descartó del todo las obras románticas y sugirió para ellas los clásicos de la lengua castellana y a ciertos autores mexicanos contemporáneos, los cuales siempre debían ser leídos en compañía familiar. Además, y como excepción, pues no creía conveniente el acercamiento a la mayoría de las plumas extranjeras, recomendó a Walter Scott, porque, a pesar de ser un autor protestante, su lectura divertía e instruía, al mismo tiempo, acerca de la historia de Escocia e Inglaterra (28-31). Probablemente pensaría lo mismo sobre Verne, de haber escrito en la época en que se dio a conocer en México. Lo cierto es que, para ciertos grupos de la alta sociedad latinoamericana, como lo eran los abogados y políticos de orientación positivista, la lectura de obras literarias era concebida como una actividad sin importancia, típica de mujeres y asociada con gente ociosa (Molina 170). Como podrá leerse en el documento, Sierra, futuro ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, además de promotor y fundador de la Universidad Nacional de México, no entraba en esta categoría.

El propio Payno introdujo en México la novela de folletín, formato originario de Francia (Mollier 28-31), con *El Fistol del Diablo*, modalidad impresa que subsistió en el país casi hasta comienzos del siglo XX (Bermúdez 136), y que Justo Sierra O'Reilly, padre de nuestro “científico”, también cultivó con enorme éxito en su natal Yucatán, donde se hizo famoso con *La hija del judío*, que apareció entre noviembre de 1848 y diciembre del año siguiente (Fernández 125-30).

Justo Sierra Méndez (1848-1912), fue un reconocido abogado, político y profesor de la Escuela Nacional Preparatoria. Participó desde sus años mozos en los proyectos literarios de Ignacio Manuel Altamirano, llegando a convertirse en un destacado representante del romanticismo, además de precursor del modernismo, sin olvidar su distinguida trayectoria como historiador, ensayista y sociólogo. Participó asiduamente en varios periódicos y revistas, y dirigió el diario *La Libertad*. Un año después de concluir el régimen del presidente Porfirio Díaz, fue nombrado ministro plenipotenciario de México en España, en cuya capital murió. En filosofía, Sierra fue partidario del evolucionismo de Herbert Spencer, sistema que incluía la evolución biológica de Darwin y otros aspectos de la realidad (Ferrater 433-35). Quizá a esto se debió su interés por escribir una especie de presentación a una de las novelas más emblemáticas de Verne, haciendo patente su esperanza de que la lectura de sus obras produciría “grandes resultados porque harán amar la ciencia, preparando así en parte la grande obra de la civilización moderna”, dejando atrás los resabios medievales, pensamiento netamente positivista.

El artículo de Sierra va precedido de una breve presentación por parte de los editores de *El Federalista*. En ella explican que Verne era por entonces un autor reconocido y con la peculiar virtud de enseñar divirtiendo al lector, logrando así “la ilustración de todas las clases y de todos los países”, lo cual convenía a los planes de reforma educativa del gobierno. Casi al final mencionan su esperanza de ver publicada

pronto una “obra nacional, inédita y de tan excelentes cualidades” como *Veinte mil leguas de viaje submarino*, con el fin de darla a conocer para contribuir al “progreso de la literatura mexicana”. En *El país de las perlas y cuentos californios* (1908), Jose María Barrios de los Ríos publicó “El buque negro”, un claro homenaje a la obra de Verne; sin embargo, aunque antes de 1872 ya se habían publicado algunas novelas mexicanas de carácter utópico, no se publicaría en México una novela que pudiera asimilarse a la producción verniana hasta que apareció en Mérida, Yucatán, *Eugenia: Esbozo novelesco de costumbres futuras* del médico siquiatra Eduardo Urzaiz, casi medio siglo después, en 1919.

Por último, debe notarse que en la presentación de los editores, se llama a Verne “gran naturalista”, término que, aunque erróneo, demuestra el respeto que se tenía hacia la autoridad y los conocimientos del autor francés. Hasta el siglo XIX, se llamaba naturalistas o filósofos de la naturaleza a quienes ahora llamamos científicos, término este último acuñado en 1840, pero difundido y aceptado hasta mucho después (Eastwood x).

En 1948, la Universidad Nacional Autónoma de México terminó de reunir la obra de Justo Sierra para editar sus *Obras Completas* en 15 volúmenes. Sin embargo, en ellos no se incluyó el siguiente artículo, que dio a conocer Vieyra Sánchez hace una década (“Un texto inédito de Justo Sierra”), en una publicación interna de la UNAM, muy difícil de hallar en la actualidad, por eso decidimos incluirlo aquí.

* * *

Presentación de los editores de *El Federalista* para el artículo de Justo Sierra

A punto de terminarse la edición de la preciosa novela de Jorge Isaacs, <<María>>, comenzaremos el martes a publicar en nuestro folletín la magnífica obra de Julio Verne, titulada: *Veinte Mil Leguas de Viaje Submarino*.

Si el nombre de Verne no fuese universalmente conocido, si sus obras no hubiesen alcanzado una popularidad tan grande, nos detendríamos a encomiar el libro con que vamos a honrar el folletín del *Federalista*. Generalizar los conocimientos científicos, poniéndolos al alcance de todas las inteligencias, por medio del lenguaje florido y del interés creciente de una novela; hacer amena una lectura que de otro modo sólo complacería a los hombres consagrados al estudio de las ciencias; he aquí la tarea que Verne, así como otros notables escritores europeos, se han impuesto en bien de la ilustración de todas las clases y de todos los países. Al elegir la obra que hoy ofrecemos, hemos creído prestar un positivo servicio a nuestros lectores; porque si atendemos al desarrollo de la instrucción pública en la nación, y al amor cada día más grande que todos profesan a la lectura, preciso es ya no reproducir esas novelas que no dejan recuerdo alguno y que sólo sirven de efímera distracción en los ratos de ocio. La utilidad incuestionable que resulta de la lectura de las producciones del sabio Verne, nos hace esperar que las *Veinte mil leguas de viaje submarino*, serán acogidas con agrado por los señores suscriptores del *Federalista*.

Esta publicación no impedirá, sin embargo, que cuando llegue a nuestras manos una obra nacional, inédita y de tan excelentes cualidades como la que anunciamos, la

demos cabida en nuestras columnas, pues uno de nuestros más fervientes deseos es cooperar al progreso de la literatura mexicana.

Con motivo de la publicación en nuestro folletín de una de las obras mejores de Julio Verne, el distinguido poeta nuestro colaborador Justo Sierra, admirador del gran naturalista, nos ha honrado con el brillante artículo que damos a continuación y que estamos seguros será del agrado de nuestros lectores.

Julio Verne. A propósito de *20,000 leguas de viaje submarino*

Justo Sierra

No bastaba al espíritu de nuestra época el libro de pura imaginación. Un millón de lectores asiduos de Alejandro Dumasⁱ, se encontraron después de devorar aquellos volúmenes que se encadenaban, que se seguían con una rapidez vertiginosa, saliendo de las fraguas del cíclope, forjador incansable, que realizó este imposible: producir en un tiempo menor del que era preciso para leer la novela producida: aquellos corazones, aquellos cerebros siempre en actividad bajo la presión inmensa del cerebro y del corazón de tal hombre, se encontraron un día, jadeantes después de la batalla, porque leer mucho a Dumas, es librar una gran batalla en nuestro interior, con que sabían la crónica escandalosa de la sociedad francesa; pero a su lado sus hijos y sus esposas empezaban a divertirse y a entusiasmarse con los descubrimientos célebres, de las maravillas de la ciencia, y como Artagnanⁱⁱ era una pura invención y el telégrafo enredaba su nervio de acero en la cornisa de nuestras ventanas, el telégrafo triunfó de Artagnan.

La necesidad de *saber*, de no tropezar con nuestra ignorancia en el riel por donde pasa crujiendo la locomotora, en el poste sobre el cual cruzan los hilos eléctricos que han suprimido para el pensamiento la distancia, en la columna de fierro sobre la cual brilla el penacho de fuego del gas, o en los cordeles que sostienen el aeróstato, burbuja caliente que ha realizado para el hombre de nuestro siglo, la fábula de Ganímedes arrebatado por el águila y mecido en los espacios, esa necesidad, decimos, ha hecho buscar ávidamente el libro que enseñe, y ¡oh! Felicidad, cuando ese libro instruye y divierte a un tiempo, cuando es un libro de Julio Verne...

Julio Verne, y no por cierto sin comprender sabiamente los intereses de su bolsillo, se ha hecho el Alejandro Dumas de la ciencia. Con una riquísima fantasía, este seductor sin rival por el lenguaje chispeante y la verba inagotables, ha obligado a la austera matrona a entrar en el gran mundo y a presentarse con los arreos pintorescos de la novela, en los salones henchidos de *filisteos* de nuestro siglo. Y cosa rara, los que velaban siguiendo los pormenores de la evasión de Dantésⁱⁱⁱ, se desvelan en pos del capitán Nemo en su visita a las ruinas de Atlántida, o de Michel Ardan, viajando alrededor de la luna en su elegante *boudoir* forrado de aluminium.

Yo confieso que siento idéntico placer cuando me encierro hoy con un libro nuevo de Verne, al que sentía hace cinco o seis años en compañía de un volumen de Bulwer^{iv} o de Fernández y González^v.

¿Podéis imaginaros un tratado más hermoso de geografía física que la <<Vuelta en derredor del mundo>> de los hijos del capitán Grant? Desde los Andes hasta la pequeña isla en que ese último Robinson (el capitán Grant) espera un salvador, ¡qué sucesión de panoramas encantadores! El hemisferio austral tan poco conocido todavía,

se revela en esas páginas, al través de las cuales va en desarrollo un drama tierno e interesante en toda su extraña y misteriosa pompa. O si queréis conocer la historia de los audaces navegantes del Polo ártico, y más aún si queréis descubrir el Polo, seguid al capitán Hatteras y a sus compañeros en su inaudita excursión: el hielo, los osos, el escorbuto, el hambre, ¿qué mejores atractivos para los hombres valientes? *Go ahead*, viva la civilización; el capitán Hatteras y sus marineros entre terribles peripecias, en la roca eléctrica en que se engasta el eje de la tierra, plantarán el lábaro del progreso, y los huesos del capitán Franklin y de todos los mártires del Polo, debieron estremecerse en su tumba, escuchando los ecos del *Rule Britannia*, entonado al pie de la bandera inglesa que incrustaba su doble cruz escarlata en la inmensa cortina de fuego de la aurora boreal.

Julio Verne, es una especialidad suya, ha mostrado bajo todas sus fases, en sus diferentes obras, ese tipo exclusivo de nuestra época, *el fanático de la ciencia*; inglés, americano o alemán, este personaje es el héroe de esas odiseas al través de los aires con el Dr. Fergusson, más allá de los aires con Barbicane o en busca del centro de la tierra en compañía del viejo padre de Gretchen, la dulce compatriota de Margarita.

Julio Verne ha revelado al mundo de los profanos la fisonomía peculiar, las aspiraciones gigantescas, el fervor ilimitado de los habitantes del mundo sabio. Sus obras producirán grandes resultados porque harán amar la ciencia, preparando así en parte la grande obra de la civilización moderna que sin Guzmanes, Felipes, Dragonadas ni Mentanas^{vi}, redimirá a la humanidad, no por la hoguera, sino por el libro.

1 Alexandre Dumas, padre (1802-1870), autor francés que se convirtió en uno de los más prolíficos y leídos del siglo XIX, saltando a la fama gracias a las novelas de folletín por entregas. Sus obras más famosas son *Los tres mosqueteros* (1844), *El Conde de Montecristo* (1844-45) y *El tulipán negro* (1850).

2 Personaje de *Los tres mosqueteros*.

3 Otro personaje de Dumas, esta vez de *El Conde de Montecristo*.

4 Edward Bulwer (1803-1873), mejor conocido como Edward Bulwer Lytton, escritor británico entre cuyas obras sobresalen *Los últimos días de Pompeya* (1834) y *La raza futura* (1872).

5 Manuel Fernández y González (1821-1888), autor español, famoso por sus novelas de folletín, entre ellas, la versión novelada del cantar de *Los siete infantes de Lara* (1853).

6 Alusión a símbolos culturales, históricos y políticos del pasado. Con los “Guzmanes” seguramente se refiere al pícaro protagonista de la novela *Guzmán de Alfarache* (1599, 1604) de Mateo Alemán, y a otros antihéroes de su estilo; al hablar de “Felipes”, debe tener en mente a Felipe II de España (1527-1598), uno de los máximos representantes del absolutismo y la represión inquisitorial; con las “Dragonadas”, la cita que parece más confusa, puede aludir al gusto por el estilo gótico, a los dragones o a las falsas presunciones, pues *dragonear*, según la Real Academia Española, es un americanismo que significa fanfarronear; y, finalmente, con las “Mentanas”, quizá recuerde la batalla de Mentana (1867), librada entre las tropas de Giuseppe Garibaldi y un ejército franco-papal que lo derrotó en su intento por conquistar Roma para unificar Italia.

Obras citadas

- Altamirano, Ignacio Manuel. *Crónicas de la Semana (De “El Renacimiento” / 1869)*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, 1969.
- Bazant, Mílada. “Lecturas del Porfiriato.” *Historia de la lectura en México*. Ed. Seminario de Historia de la Educación en México. México: El Colegio de México, 1997: 205-242.
- Bermúdez, María Teresa. “Las leyes, los libros de texto y la lectura, 1867-1917.” *Historia de la lectura en México*. Ed. Seminario de Historia de la Educación en México. México: El Colegio de México, 1997: 127-152.
- Ceballos Ramírez, Manuel. “Las lecturas católicas: cincuenta años de literatura paralela, 1867-1917.” *Historia de la lectura en México*. Ed. Seminario de Historia de la Educación en México. México: El Colegio de México, 1997: 153-204.
- Compère, Daniel. *Jules Verne: Parcours d’une oeuvre*. Amiens: Encrage, 1996.
- Cruz Uribe, Abigail. *Un católico científico en México: José Joaquín Arriaga y la divulgación de la ciencia en la segunda mitad del siglo XIX*. México: UNAM (tesis para obtener el título de licenciado en historia), 2004.
- Eastwood, W. *Science and Literature: The literary relations of science and technology. An anthology* (second series). New York: St Martin’s, 1961.
- Fernández Delgado, Miguel Ángel. *Justo Sierra O’Reilly: Hombre de letras y autor del proyecto del Código Civil*. México: Suprema Corte de Justicia de la Nación, 2006.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de grandes filósofos*. Madrid: Alianza, vol. 2, 1986.
- Molina Jiménez, Iván. “La polémica de *El problema* (1899), de Máximo Soto Hall.” *Revista Mexicana del Caribe* 12.6 (2001): 147-187.
- Mollier, Jean-Yves. *La lectura en Francia durante el siglo XIX (1789-1914)*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2009.
- Payno, Manuel. *Sobre mujeres, amores y matrimonios*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes-Premiá, 1984.
- Sierra, Justo. “Julio Verne. A propósito de *20,000 leguas de viaje submarino*”. *El Federalista*, 339.2, 10 de febrero (1872): 1.
- Strinati, Pierre. “1966, année Jules Verne.” *Fiction* 151.6 (1966): 148-149.

Verne, Julio. *Un drama en México* (ed. Leslie Alger). México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2004.

Vieyra Sánchez, Lilia. “Verne en la Biblioteca Nacional.” *Revista de la Universidad de México*, nueva época 16.6 (2005): 28-33.

---. “Un texto inédito de Justo Sierra. *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne”. *Humanidades* 258.10 (2003): 3-7.